

en sus libros anteriores. Aparecen ahora poemas de un aire distinto, de un hálito sentimental enteramente nuevos. Canta en ellos estados anímicos apoyados en el desencanto y la desesperanza humana. Nota ésta que integra su condición de hombre frente a la vida. Por ejemplo: Recojo la Tristeza, Es el Tiempo, Rienda Perdida y Esfuerzo hacia la Muerte.

Es bastante clara la figura de Julio Barrenechea, dentro de la poesía nacional. Sus poemas sostienen el lirismo de un poeta substantivo, y de esencias nada comunes. Es el hombre que *vive como la luz en su platino*.—FRANCISCO SANTANA.



<https://doi.org/10.29393/At209-16VVLD10016>

LA VIOLETA Y SU VÉRTIGO. Poesía, por *Olga Acevedo*.—Nacimiento, 1942

Poesía... Es sin duda el contenido de este libro de Olga Acevedo que alcanza aquí la plenitud de su expresión artística. Porque, precisamente es poesía lo que hace falta en muchos de los poetas de hoy, dedicados a la alquimia de las frases que pretenden encerrar, como los nigromantes en el misterio de sus cábalas, el secreto sutil de nuevas fórmulas que exterioricen esa bella inquietud, hecha de emoción y de ensueños que se llama poesía.

Pero hay reglas estéticas que no se pueden transmutar ni atropellar impunemente. Porque la belleza es una verdad inflexible que no admite sofismas ni eufemismos. Su esencia es como el perfume que surge de la tierra exornado por la maravilla del color, en los flores o en una planta cualquiera que nos entrega como un rústico secreto el encanto de su aroma. Y el poeta debe ser eso: espontaneidad. Fuente clara y transparente donde se refleja lo bello. Canción que brota como el milagro de la luz, en el amanecer, para prodigar belleza. La poesía no puede ser tortura ni pesadilla. Tampoco maroma de

trapecista poco experimentado, que se expone a estrellarse y a dar una deplorable sensación de ridículo.

Sin embargo esto no quita el derecho que tiene cada poeta a buscar nuevas expresiones. Tantear distintos caminos para entregar la emoción que lo va devorando interiormente, agitada por la urgencia de un forzoso alumbramiento. Y ahí es donde está el quid de la cuestión. Tener el talento suficiente para evadirse del viejo camino y decir la eterna verdad estética vestida con un nuevo ropaje. El intento de hacerlo honestamente, es noble, es abnegado, pero tampoco se puede aceptar que escudándose bajo esa intención, se pretenda pasar por oro de subidos quilates, aquello que no es nada más que similar o quincalla.

Olga Acevedo, no se ha quedado en el viejo camino. Ha buscado dignamente la manera de dar un acento de originalidad a su canto, pero sin dejarse suggestionar por lo atrabiliario ni lo confuso. Moderna en su expresión, no abandona la claridad, que es un signo de evidente capacidad creadora. Consigue dar a su sentimiento un tono de elevación, pura y prístina, porque sabe que la sinceridad es un camino sin acechanzas y que la emoción no es un producto de laboratorio cerebral. Y así ha logrado interpretarse a sí misma, evadiéndose porfiadamente de influjos ajenos a su verdadero temperamento. Fácil y difícil disciplina, a la que cuesta llegar, inquietado por tantas sugerencias que flotan en el ambiente cargado de insinuaciones que se empeñan en desvirtuar la verdadera personalidad del artista sincero. De aquel que guiado por el buen gusto trata de oír su propia voz y de entregarla como la palabra cordial con que se saluda a los buenos amigos. Mostrar la esencia más auténtica de su sensibilidad es una obligación del artista que trata de traducir su propia naturaleza conceptual. Olga Acevedo se atrinchera en su verdadera personalidad y si yerra lo hace por su propia cuenta. Y esto suele ocurrirle cuando trata de darle un tono tendencioso a su poesía. Hay algo en estos

instantes que no suena bien. Porque la prédica y el sermón tienen otros lugares donde expresarse. A menos que la obra tenga manifiestamente esa intención. Sin embargo cuando traduce su emoción más recóndita, su voz adquiere una pureza inusitada, una noble y persuasiva elocuencia, una fina manera de sugerir que llega a lo más hondo. Buena prueba de este aserto es la que sigue:

Yo no olvidaré nunca su mirada...

Era en la gran soledad de aquel camino  
y a la hora del viento y de los pájaros.  
Nos despedimos dolorosamente  
sin decirnos palabra.

Yo no olvidaré nunca su mirada.  
Era como la de un niño desvalido  
que se quedara desorientado y solo  
en mitad del camino.

Hasta hoy no he sabido cómo pude  
resistir a su pena.  
¡Que no hay nada Señor! tan espantoso  
como haber dejado de querer a un hombre

Yo no podré olvidar nunca su mirada...

Es un instante de la poesía de Olga Acevedo que permite apreciar la calidad de su temperamento artístico. Un poeta que sabe aquilatar los latidos más puros de su corazón, con admirable acierto de equilibrio y de medida.—L. D.